

aculturación, y cambio social, la forma en que se llega a ellas trae a la luz un cuadro revelador de una sociedad moderna dinámica y compacta. Basado en una estadía prolongada en la villa de Maunaloa, el estudio refleja el trabajo de un observador imparcial y sofisticado. El autor señala ciertos cambios sociales y estructurales que están tomando lugar en la comunidad debido al cambio tecnológico. Su método de estudio es el de acercamiento comprensivo. No vacila en aceptar los defectos de su estudio especialmente en las instancias en que no puede validar sus observaciones. Sobre la base de estas cualidades el libro merece la atención de los lectores en general, así como también la de estudiosos de la Sociología, la Antropología Cultural y las Relaciones Industriales.

MOHINDER S. BHATIA,
Junta de Planes de P. R.

CHARLES B. McLANE, *Soviet Policy and the Chinese Communists, 1931-1946*, Nueva York: Columbia University Press, 1958. 310 págs.

El señor McLane, profesor de civilización rusa en Dartmouth College, comenzó desde 1950 la ardua labor de explorar el patrón del movimiento comunista en los dos países más grandes y fuertes del bloque soviético. Le ha tomado ocho años, con interrupciones frecuentes, el completar este estudio erudito, con 747 citas al calce y una bibliografía comprensiva y utilísima que cubre 18 páginas del libro. Este estudio, basado en información documentada sobre la suerte de los comunistas chinos en los dieciséis años de 1931 al 1946, las relaciones entre la URSS y el gobierno nacionalista chino, y sucesos pertenecientes a dicho período que afectaron sustancialmente las relaciones entre Moscú y Yenan (la "capital" de los comunistas chinos), ha sido auspiciado por el Instituto Ruso de la Universidad de Columbia. El Instituto se estableció inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, para entrenar un número limitado de norteamericanos para carreras profesionales y académicas en el campo de estudios rusos, y para promover investigación en las ciencias sociales y las humanidades en relación con la Unión Soviética. Ya se han publicado 16 de los estudios efectuados bajo su auge. Uno de ellos intitulado *Soviet Policies in China, 1917-1924* por Allen S. Whiting brega con el problema discutido en el libro del Profesor McLane. Si unimos los estudios de los señores Whiting y McLane, encontramos que queda un período de siete años entre 1924 y 1931, al descubierto. Sería muy deseable que el Instituto adquiriera los servicios de un estudioso del rango del Profesor McLane (quien sirvió por dos años como agregado cultural de la Embajada americana

en Moscú) para llenar esta laguna existente en los estudios del Instituto.

El Profesor McLane estudia cronológica y sistemáticamente la política exterior soviética en la China. Él divide este período de crisis económica mundial sufrido por la guerra más sangrienta en la historia del mundo, en varios períodos. En el primer capítulo el Profesor McLane estudia las relaciones ruso-chinas durante el período Kiangsi. Los capítulos segundo y tercero tratan de la formulación y operaciones del Frente Unido. El capítulo siguiente brega con el período de la Segunda Guerra Mundial, y el final con el período del primer año de la Postguerra. El Profesor McLane señala especialmente las actividades de los agentes principales del Comintern en la China, la subida de Mao Tse-Tung al liderato, los efectos de la guerra en las relaciones entre la Unión Soviética y la China, y los cambios de la actitud soviética hacia la China durante todo este período.

Hasta el 1946 la Unión Soviética aparentemente trató a los comunistas chinos como comunistas de nombre. Por ejemplo, Stalin le dijo en 1944 a W. Averell Harriman (embajador norteamericano en Moscú) "son comunistas de margarina". Observadores extranjeros en la China creían que el comunismo de Mao Tse-Tung estaba basado en reformas agrarias, y que por lo tanto su "alianza con Moscú era tenue". El efecto de estas declaraciones y creencias puede haber sido que los norteamericanos consideraron a los comunistas chinos como aliados aceptables en ese país. Se sospecha que los varios rechazos públicos de los comunistas chinos por los líderes soviéticos, y la aceptación de estos rechazos por los funcionarios americanos, ayudó a formar una actitud más tolerante de parte de los norteamericanos hacia el comunismo de Mao. ¿Trató Rusia de engañar deliberadamente a los norteamericanos a través de estos "rechazos" para esconder sus objetivos en la China después de la Segunda Guerra Mundial? "¿O es que el comunismo chino para el 1944 y 1945 había llegado a ser tan independiente de Moscú, como creían muchos americanos, que estas declaraciones reflejaban más o menos con exactitud la actitud de Moscú hacia Mao y sus seguidores? ¿O, había quizás otras consideraciones al final de la guerra que hubieran podido llevar a los líderes soviéticos a levantar dudas oficiales sobre la ortodoxia de Mao?" (pág. 3). El Profesor McLane busca contestaciones a preguntas como éstas en su estudio. Para llegar a conclusiones definitivas, él ahonda en varios eslabones políticos, ideológicos y de otras clases, que existieron entre el comunismo ruso y el chino durante este período de dieciséis años. El Profesor McLane se planteó estas preguntas ambiciosas, y se aventuró a contestarlas con la ayuda de documentos rusos, monografías y artículos de periódicos, noticias y editoriales, tanto eruditos como populares, sobre la China. Es un poco de-

safortunado que el autor, debido a su desconocimiento del idioma chino, no pudiera hacer uso de una gran cantidad de material, hoy asequible al estudioso del comunismo chino.

El Profesor McLane llega a tres conclusiones amplias sobre las relaciones ruso-chinas del 1931 al 1946. Primero, él no encontró evidencia clara de que los rusos hicieran esfuerzo alguno para intervenir en los asuntos políticos internos del partido comunista chino, y los rusos aceptaron el liderato de Mao con gracia y buen sentido. Segundo, los chinos comunistas que habían ganado control del Partido a través de agencias chinas propias, hicieron ajustes con el tipo marxista-leninista del comunismo, y no evadieron las políticas soviéticas. Por ejemplo, aunque aceptaban que la revolución china era agraria, "Mao la racionalizaba persistentemente, en términos bolcheviques ortodoxos, como un esfuerzo fundamentalmente proletario" (pág. 262). Tercero, el autor no encuentra en este período, contrario a la década anterior, ninguna evidencia que pueda indicar desaprobación de las políticas de los comunistas chinos por parte de los rusos, y si hubo alguna falta de atención a los asuntos de los comunistas chinos en la prensa soviética, esto no refleja según él indiferencia, sino más bien una preocupación del Soviet con asuntos más urgentes en otros lugares. En suma, los comunistas chinos le debían fidelidad ("allegiance") a Moscú y los últimos tenían completa confianza en los primeros en estos años. El Profesor McLane concluye que los líderes rusos representaron equivocadamente al comunismo chino al enfatizar, al final de la guerra, que aquél no estaba relacionado en forma alguna con el comunismo ruso, y de esta forma llevaron a los norteamericanos y a los formuladores de la política pública norteamericana a basar sus actitudes y políticas hacia la China sobre cimientos defectuosos y premisas falsas. Él señala, sin embargo, que aparentemente en agosto de 1945, los rusos sinceramente creían que los chinos comunistas estaban muy lejos de poder controlar a la China, y que la política lógica soviética, por lo tanto, era respaldar un acuerdo entre las fuerzas nacionalistas y comunistas que entonces estaban tratando de fraguar la misión Marshall norteamericana en la China. Para lograr esto, los rusos tenían que ser amistosos con Chiang Kai-Shek, y por lo tanto no podían, en este momento, aparecer teniendo relaciones íntimas con los comunistas de Mao.

Desde el punto de vista de este crítico, este estudio tendrá cada vez más importancia en los días por venir. Provee abundante material estimulante sobre la política americana hacia la inquieta China Roja. La China ya ha adquirido una posición en relación con la Unión Soviética algo similar a la de Gran Bretaña en relación con los Estados Unidos. Aunque la China hoy día está en peor posición que la Gran Bretaña para actuar sola en el mundo, es de esperarse que durante la

próxima década se acerque al logro de sus aspiraciones de ser una potencia mundial. Con sus programas industriales presentes, desarrollándose a un paso inigualado, y con su población de más de 650 millones, la China pronto podrá perseguir una política independiente dentro del sistema internacional existente, dominado por dos gigantes —los Estados Unidos y la Unión Soviética. ¿Cuánto podrá ella cambiar el sistema internacional presente?, sólo el tiempo lo dirá. Pero los cambios vendrán inevitablemente. Los distintos estudiosos que se dediquen continuamente a estudiar, analizar, y proyectar estos cambios, no pueden ignorar este trabajo informativo, erudito y estimulante y los hallazgos del Profesor McLane.

CARMEN E. GAUTIER,
Universidad de Puerto Rico.

BIBLIOTECA DE CIENCIAS SOCIALES